

bo mirar porque todo esté seguro. Los dos han estado hablando largo rato hoy.

Las aprehensiones de Wilhem no eran infundadas, porque en la mañana se había descubierto el robo de una gran cantidad de manteles, servilletas y vajilla de plata, incluyendo el viejo canchil delabro de la familia; se pensó que el ladrón era Sidsel, y ésta confesó su delito. Se la encerró en un desván por la noche. La familia trató, a causa de la presencia de su huesped, de no conceder importancia al incidente, pero a Otto le importaba más este asunto de lo que él mismo hubiera podido sospechar. En el día recibió un papel del juglar en que éste le descubría que la ladrona era su hermana, perdida desde hacía tantos años y que debía libertarla y presentársela a las doce de la noche. ¡Esta criatura bestial era su hermana!

Cuando la casa se tranquilizó, subió las escaleras que conducían al desván, abrió la puerta de éste y obligó a la muchacha a que lo acompañase. Luisa oyó el ruido de los pasos, y abriendo su puerta miró con sorpresa a Otto y a Sidsel que caminaban juntos por la galería. Otto se arrojó a los pies de Luisa y le tomó una mano entre las suyas.

—¡Por Dios, exclamó, no diga a nadie lo que ha visto! Yo se lo explicaré todo a usted. ¡Por la salvación de su alma, compadézcame!

—Haré todo lo que usted quiera, todo, dijo

Luisa. Guardaré silencio. ¡Sáquela pronto para que no sea descubierto!

A la mañana siguiente, cuando Otto entró a desayunarse al comedor, había gran excitación y sorpresa en todos los presentes. No sólo se había evadido la prisionera, sino que Luisa, la tímida Luisa, afirmaba que ella misma compadecida de la pobre criatura le devolvió la libertad. La familia se sentía aliviada de un gran peso con la escapatoria de la muchacha y pronto se olvidó este asunto excepto por Otto y Luisa. Él explicó a ella su situación en la primera oportunidad, y ella le correspondió con algo más que simpatía. Luisa le dijo que creía que el malévolo juglar se había burlado de él, y apuntó en el corazón de Otto una esperanza leve de que las intuiciones de ella estuvieran más cerca de la verdad que la terrible historia del satánico Heinrich. Determinó pues hacerle confesar todo lo que supiera, en la primera ocasión.

La feria de San Knud estaba por llegar, y todos partieron para Odense, a fin de asistir a ella. El juglar, sin duda, se hallaría también allí. Otto resolvió que en este viaje se precisarían dos cuestiones para él muy importantes: sus futuras relaciones con Sofía y su sospechoso parentesco con Sidsel. Decidió comenzar por el negocio de Heinrich.

—Heinrich, dijo, usted me ha engañado. Esa muchacha no es lo que usted dijo. Le pido una

explicación. Encontaré a mi verdadera hermana. Tráigame pruebas de lo que afirma en el término de ocho días.

El juglar no satisfizo los deseos de Otto, y sólo ofreció que por cierta cantidad de dinero no le volvería a molestar más. Otto rehusó encolerizado

—¡Villano! exclamó, si fuera mi hermana, yo la recibiría en mi casa. Deme pruebas. Usted es más truhán de lo que pensé en un principio.

Después de esta entrevista, Otto quedó tan aborrito por los agitados sentimientos que Heinrich provocó en él, que apenas notó, cuando entró Sofía acompañada de su madre, el carruaje del Kammerjunker. Con todo, ocupó su lugar al lado de Luisa con ánimo tranquilo y con perfecta alegría. Al día siguiente se anunció la boda de Sofía con el Kammerjunker. Las felicitaciones de Otto fueron, por cierto, las más cordiales. Bruscamente se había extinguido la llama amorosa por la vivaracha y encantadora Sofía. Ella se daba muy bien cuenta de que su novio—el Kammerjunker—era de intelectualidad menos poderosa que Otto, y como en un tiempo Sofía estaba segura de ganar el corazón del joven latinista, andaba un poco picada con su indiferencia.

—Casi esperaba yo una escena, dijo ella en secreto a su hermana Luisa.

Transcurrieron los ocho días sin que nada volviera a saberse de Heinrich. Otto interpretó rectamente este silencio como la confesión de su

mentira. Su alegría creció con esta idea, y como estaba para llegar el tiempo de su viaje, ambos jóvenes sentían el corazón pleno de alegres anticipaciones. Sólo dos causas de tristeza tenían: Otto se sentía cada vez más inclinado a la gentil Luisa, y Wilhem supo de los mismos labios de Eva que no podría ser correspondido en su amor.

En la casa señorial, Luisa y Eva seguían con avidez en los mapas el derrotero de Wilhem y su amigo, y además, las cartas eran perenne fuente de felicidad para toda la familia. A medida que pasaban los meses pareció evidente que Eva trataba de desligarse de la casa del Barón. Se enflaquecía visiblemente de día en día, a despecho de todos los cuidados que puede imaginar el afecto. Luisa adivinó que una secreta pena la consumía, y le pidió que aliviase su corazón confiándole todo. Y finalmente Eva reveló la melancólica historia de su propio nacimiento.

Su padre era hijo del rico e influyente Coronel Thostrup; su madre, hermosa aunque pobre, amaba entrañablemente a su esposo. El Coronel era hombre de carácter violento, y una vez que ocurrió un robo en su mansión, juró descubrir al culpable, sin sospechar que éste era su propio hijo. Temeroso de las consecuencias, el descarriado joven persuadió a su amada de que se declarase ella el autor del robo. Fué castigada la inocente permaneciendo una hora expuesta a la vergüenza pública.

Quando ocurrió un nuevo robo, y Juana María otra vez confesó su crimen, se la recluyó en la Casa de Corrección de Odense. Estando en prisión, dió a luz dos gemelos, un niño fuerte y hermoso, y una niña—Eva misma—delicada y primorosa. En su lecho de muerte la pobre mujer confesó su inocencia en los crímenes por los cuales se hallaba en prisión. El cocinero de la prisión tomó bajo su cuidado a la pequeña Eva en tanto que el niño hacía las delicias de las reclusos. Uno de ellos, el alemán, llamado Heinrich, tatuó al niño en un hombro las iniciales «O. T.» Cuando cumplieron los niños seis años, el Coronel mandó por ellos. Acababa de recibir una carta de su hijo, recién muerto en tierra extranjera, y la proximidad de la muerte había libertado al joven de su secreto. Confesó ser el ladrón, y el padre de los niños de Juana María. Eva se parecía demasiado a su padre, y el Coronel sintió por ella invencible repugnancia. Pero en cambio se llevó consigo al niño, y Eva no supo más de él. El resto de la historia era bien sabido de toda la familia.

—¡Santo Dios! exclamó Luisa, usted debe de conservar algunas pruebas y papeles. No puede ser de otro modo. ¡Es usted la hermana de Otto!

—¡Oh, cielos! profirió Eva, casi desvanecida de alegría. ¡Oh, que pueda vivir para verle de nuevo!

Entonces Luisa refirió a Eva cuanto sabía por Otto: como Heinrich, en desquite de la travesura que el niño le hizo cuando lucía sus habilidades

ante los aldeanos, le murmuró al oído que «O. T.» significaban «Odense Tugt huus» (la casa de corrección de Odense) y nó su propio nombre. Además, el hecho de que tan ruin persona supiera el secreto de su nacimiento y pudiera revelarlo, había ensombrecido la existencia de Otto.

Los deseos de Eva de volver a ver a su hermano no se cumplieron. La pobre niña murió al poco tiempo, siendo llorada por toda la familia. Dos años después, al regreso de los viajeros, su muerte fué la única nube de su alegría. Fué motivo de algún consuelo para Wilhem saber que entre los escasos bienes de Eva, ésta conservaba el ramillete de flores que en cierta ocasión le había él regalado. Otto declaró que Dinamarca era una hermosa tierra, y tras efusivo apretón de manos, retuvo la diestra de Luisa, quien, por cierto, no trató de retirarla. Aún en el colmo de su felicidad, Otto tenía horror a topar con el juglar. No fué sino algún tiempo después, cuando se supo que en el naufragio de un bote, perecieron Heinrich y su hija Sidsel.

ALGO

—Yo aspiro a ser algo, decía el hermano mayor de otros cuatro: quiero ser útil en el mundo. Aunque de humilde oficio, si de él deportan mis semejantes algún provecho, llegaré a ser algo. Voy a dedicarme a ladrillero, y como los hombres no pueden pasarse sin ladrillos, ocupándome en fabricarlos, podré decir que sirvo de algo.

—Es verdad, contestó el segundo; pero con muy poco te contentas. ¿Qué significa hacer ladrillos? ¿Quién no es capaz de fabricarlos? Yo prefiero meterme a albañil: este sí que es un verdadero oficio. Con él seré maestro y ciudadano honrado, tendré bandera en la casa de los gremios, y si todo anda bien, acabaré por tener manebos a mis órdenes y a mi mujer la llamarán la señora maestra. Eso sí que es ser algo.

—Eso no es más que ser albañil. Aunque llegues a maestro, nunca serás más que un triste jornalero, sin salir de la masa del vulgo. Yo conozco una cosa mejor: yo seré arquitecto. Con

ello viviré del pensamiento, de la inteligencia; el arte será mi elemento: formaré en primera línea en el reino de la inspiración. Es cierto que los comienzos serán penosos: deberé empezar por ser aprendiz de carpintero, llevando gorra en vez de sombrero de seda negra, y tendré que ir a comprar la cerveza y el aguardiente de los oficiales, sin que esos tunos permitan que les tutée a pesar de que ellos me tutearán a mí, lo cual no deja de ser humillante. Pero yo me haré cargo de que todo eso es una broma de Carnaval, el mundo al revés, y cuando al día siguiente, llegue a oficial, recorreré mi camino, entraré en la academia de bellas artes, aprenderé el dibujo y heme ya hecho un arquitecto. Cuando me escriban, pondrán en el sobre de la carta: Al *ilustre* Sr. D. Fulano de tal o quizás al *Excelentísimo*, que de menos nos hizo Dios y no es cosa imposible adquirir un título antes o después del nombre. Y yo construiré, construiré siempre, como tantos otros han construído antes que yo, y al propio tiempo labraré mi fortuna. A esto sí que yo le llamo ser algo.

—Lo que tú tomas por algo, repuso el cuarto hermano, me parece muy poca cosa o casi nada. En cuanto a mí renuncio desde ahora a recorrer el camino que otros han pisado, no quiero copiar a nadie. Yo seré un genio original y creador: inventaré un nuevo estilo arquitectónico, levantaré planos de edificios acomodados al clima

del país, a los materiales que en él se encuentran, al espíritu nacional y a los grados de su civilización respectiva. A los pisos que hay la costumbre de levantar, añadiré un último al cual pondré un nombre que eternice el mío.

—Pero si tu clima y tus materiales no sirven, no harás nada de provecho, observó el quinto. Y en cuanto a eso de la nacionalidad es una idea tan vaga, que puede ampliarse y restringirse hasta que no queden huellas de ella. Más incierto considero todavía imposible de apreciar exactamente lo que tú llamas grados de civilización, que suben y bajan de continuo, hasta el punto de que es imposible fijar su verdadero estado. Veo, por lo que acabo de oír, que ninguno de vosotros llegará a ser gran cosa. Para ser algo es menester colocarse por encima de todo; por lo tanto obrad como queráis, trabajad según nuestras aptitudes o según vuestros gustos; en cuanto a mí me concretaré a examinar vuestras obras, las juzgaré, las criticaré. Nada hay en el mundo que no ofrezca un lado imperfecto o defectuoso; yo lo descubriré, lo pondré en evidencia, hablaré de ello del modo debido. Esto es lo que conduce a algo, o mejor dicho, conduce a todo.

Tal es, en efecto, lo que hizo y no sin éxito. De él decían las gentes:—«Este muchacho tiene una buena cabeza: es un hombre capaz y entendido, ¡lástima que no produzca nada!» Pero en rigor de verdad, si le consideraban es porque no

producía. Ya lo sabeis, este es un cuento muy corto; pero desde que el mundo es mundo, no acaba nunca, siempre vuelve a empezar.

Y ¿qué había sido de los cinco hermanos? Fijaos en ello, que es toda una historia.

El mayor, es decir, el ladrillero, vió que por cada ladrillo le daban una moneda de cobre, y que cuando tenía una porción de esas monedas, se las cambiaban por un escudo de plata. Y cuando uno tiene un escudo, en casa del panadero, en la carnicería, en todas partes, las puertas se abren por sí solas, y no hay más que pedir lo que se desea. Tal es el producto de los ladrillos. Los hay que se abren y se rompen, pero hasta de esos puede sacarse partido como vais a ver.

Margarita, mujer inteligente, trató de construirse una barraca sobre el dique que contiene las olas del mar. El ladrillero le proporcionó ladrillos rotos, entre los cuales había algunos enteros, y muy hermosos, pues el mayor de los cinco hermanos, aunque no hubiese salido nunca de la era en que se elaboran los ladrillos, tenía buen corazón y había recomendado que en la elección no pecaran por carta de menos.

La pobre levantó ella misma su barraca que era muy baja y angosta: una de las dos ventanas estaba completamente desnivelada, la puerta no era muy alta, y en cuanto al techo de bálago hubiera podido estar mejor colocado. Pero con todo, la barraca era un excelente abrigo, y ¡qué

buenas vistas tenía! Desde ellas se descubría la inmensidad del mar, cuyas olas, al estrellarse estrepitosamente contra el dique, lanzaban su salobre espuma a más altura que la barraca. Mucho tiempo hacía ya que el buen ladrillero dormía en el seno de la tierra, y la barraca, tal cual era, aún se mantenía firme.

El hermano segundo sabía construir mucho mejor que la pobre Margarita, pues había aprendido de ello. Después de su exámen de oficial, lió la maleta y entonó el canto del artesano:

—Mientras soy joven quiero viajar: me voy al extranjero a levantar edificios: correré de pueblo en pueblo y en tanto veré el mundo. Y al regresar, tengo fe puesta en mi novia, y no dudo que he de encontrarla siempre fiel. ¡Hurra! ¡Gran cosa es ser artesano! Maestro, pronto lo seré.

Y en efecto, le sucedió lo que dice la canción: a su regreso se recibió maestro y fabricó muchas casas, la una a continuación de la otra, y todas estas casas, formaron una calle, que no fué ciertamente de las menos bellas de la ciudad. Y estas casas acabaron por construirle una para él mismo. ¿No sabeis cómo? Preguntádselo a ellas, y aunque ellas no os lo digan, allá están las gentes del barrio para contároslo.—«Sí, verdaderamente, la calle le valió una casa».

Sin duda que no era una casa muy grande, y que los suelos eran de arcilla; pero el día de sus bodas él con su esposa y los demás convidados

bailaron tanto, que quedaron perfectamente apisonados y tan pulidos como el mejor pavimento. Las paredes estaban cubiertas de azulejos, cada uno de los cuales ostentaba una florecilla; ésta era un adorno tan hermoso como la mejor tapicería. En suma, era aquella una casa bonita ocupada por una pareja dichosa. En el frontis flotaba la bandera del gremio y cuando los mancebos y aprendices pasaban por delante, gritaban: ¡«Viva nuestro buen maestro!» Ya lo veis: éste llegó a ser algo.

El tercer hermano, después de haber pasado su aprendizaje de carpintero, después de haber llevado gorra y desempeñado los encargos de los oficiales, entró, conforme había previsto, a la Academia de Bellas Artes y obtuvo el título de arquitecto. Desde entonces siempre que le escribían ponían en el sobre: «Al Excelentísimo e Ilustrísimo Sr. D.»

Si la calle que edificó el albañil le reportó a éste una casa propia, esta calle recibió el nombre del tercer hermano, pues la mejor casa de la misma le pertenecía. Nadie negará que es una gran cosa llevar títulos antes del nombre. Se casó con una dama de alto rango y sus hijos fueron considerados como nobles. Después de haber fallecido, su nombre continuó figurando a la entrada y a la salida de la calle y todo el mundo lo pronunciaba. Este sí que llegó a ser algo,

En cuanto al cuarto hermano, el hombre de

genio que pretendía crear un estilo nuevo y original y adornar los edificios con un último piso que debía inmortalizarle, no pudo alcanzar su objeto. Al contrario, mientras construía esta habitación de nueva forma, cayose y se rompió la nuca. Pero le hicieron un magnífico entierro con música y banderas, y las calles por donde pasó el féretro se alfombraron de flores y juncos. Junto a su tumba pronunciáronse tres oraciones fúnebres a cual más extensas, y el periódico salió orlado. No le faltaba más que la vida para poder apreciar el valor de estos obsequios póstumos, él que ante todo y sobre todo gustaba que se hablase de su persona. Por fin le dedicaron un monumento funerario, y esto ya fué algo.

Muertos los cuatro hermanos, no quedaba más que el quinto, el gran hablador; y éste estaba constantemente en carácter pues la principal cuestión era para él decir siempre la última palabra. Conforme hemos indicado antes, se granjeó la reputación de hombre entendido y capaz, por más que no hacía otra cosa que glosar las obras ajenas.—«Es una gran cabeza», decían comunmente; pero ¡llegó a ser algo?

Sonó su hora postrera, murió y se presentó a las puertas del cielo, por las cuales las almas entran siempre de dos en dos. Casualmente esperaba a la puerta un alma deseosa de entrar; esta no era otra que la de Margarita, la pobre dueña de la barraca del dique.

—Es en verdad un contraste sorprendente, pensó el parlanchín, que yo deba presentarme junto con esta alma miserable. ¿Quién sois vos, buena mujer, para solicitar la entrada a la gloria?

La pobre vieja bajó la frente con humildad, pensando—que quien le dirigía esta pregunta era por lo menos San Pedro.—«No soy más que una pobrecita, sola y sin familia, contestó. Llamábase la hija Margarita de la cabaña del dique.

—«Está bien, ¿y qué habéis hecho en el mundo de bueno y útil, durante vuestra vida?

—«En verdad que no sé como expresarlo. No yo no he hecho nada para que se me franquee la entrada; y será para mí una gracia inmensa, si me dejan deslizar inadvertida en el paraíso.»

—«¿Y cómo ha sido que habéis dejado el mundo?» le preguntó con el deseo de hablar y distraerse un poco, pues empezaba a fastidiarse de la larga espera que antes de abrirle le imponían.

—«Cómo he salido del mundo casi no sé decirlo. Durante mis últimos años me sentía muy enferma y estaba en la mayor miseria. De súbito me arrastré fuera del lecho, me sobrecogió un frío glacial y esto debió matarme.

«Vuestra grandeza recordará sin duda cuán riguroso ha sido el último invierno: afortunadamente he dejado de sufrirlo. Durante algunos días no hizo viento; pero el frío se dejaba sentir a más y mejor, y hasta allí donde podía abarcar

la vista, el mar estaba cubierto de una capa de hielo.

«Las gentes de la ciudad fueron a pasear por esta superficie lisa y unida: los unos corrían metidos en sendos trineos, bailaban los otros bajo hermosos entoldados, y algunos, en fin, se regalaban en las mesas de bebida, instaladas sobre el hielo. Desde mi pobre vivienda en que estaba sumida, escuchaba los sonidos de la música, los gritos de alegría y el bullicio de la muchedumbre.

«El jolgorio se prolongó hasta entrada la noche: salió la luna, y aunque era muy bella, observé que no tenía todo el brillo de costumbre. Desde mi cuarto dominaba el mar y el horizonte, y noté además que en el mismo sitio que ocupaba en el espacio surgió una blanca nubecilla, que ofrecía un aspecto algo extraño. La examiné con atención y ví en ella como un punto negro que iba creciendo, creciendo siempre. No quise saber más: soy vieja y tengo experiencia, y aunque rarisimas veces se presenta esa señal que es un mal presagio, la conocía bien y me estremecí.

«Dos veces había notado lo mismo, y las dos una nube igual trajo una espantosa tempestad y una alta marea, que a la sazón amenazaba tragar-se a todas aquellas gentes pillándolas desprevenidas, divirtiéndose, cantando y bebiendo, llenas de alegría. Jóvenes y viejos, toda la población permanecía sobre el hielo. ¿Quién las advertiría? ¿Alguno de aquellos desgraciados llegaría a ob-

servar la terrible nubecilla y comprendería lo que presagiara?

«Esto es lo que yo me preguntaba llena de angustia, y sentía en mí una animación y unas fuerzas desconocidas desde mucho tiempo. Vivamente impresionada logré saltar del lecho y llegarme a la ventana, no pudiendo pasar de allí porque me faltó el aliento.

«Abrí los postigos, y ví a la muchedumbre corriendo y saltando sobre el hielo. ¡Qué hermosas banderas flotaban al aire por todas partes! Los muchachos gritaban y daban hurras entusiastas; los criados y criadas bailaban formando rueda y cantando. Todos se divertían, y no pensaban en otra cosa. Y con todo, la nubecilla blanca con el punto negro...

«¡Ah! grité con todas mis fuerzas, y nadie me oyó: se encontraban demasiado lejos. La tormenta estaba a punto de estallar, el hielo sacudido por el mar iba a quebrarse, y todos, todos estaban irremisiblemente perdidos: nadie podía salvarles.

«Grité de nuevo, y lo mismo que antes, no me oyeron. Ir a ellos no podía. ¿Qué hacer para volverles a tierra?

«El buen Dios me inspiró una idea, la de pegar fuego a mi lecho e incendiar mi barraca antes que permitir que pereciera miserablemente aquel gran número de personas. Puse manos a la obra, sin perder momento, y empezaron a ele-

vase rojas llamas, siendo para aquellas gentes como un faro que las advertía. Pasé la puerta y me caí en el suelo, sin poder dar un paso más; mis fuerzas se habían agotado. En tanto el fuego salía por el techo y por todas las aberturas de la casa, y las lenguas que formaban las llamas se iban acercando a mí como si quisieran lamerme.

«Las gentes que andaban por el hielo percibieron el incendio, y todos, sin excepción, se precipitaron hacia la barraca, ansiosos de salvar a un ser humano que creían expuesto a morir abrasado. Ni uno solo dejó de precipitarse hacia el dique. Yo oía distintamente el rumor de sus pasos; y casi al mismo tiempo retumbó en el aire un formidable estrépito, compuesto de rumores sordos y descargas parecidas a cañonazos; luego subió la marea, levantó el hielo y lo quebró en mil pedazos. Pero ya allí no había nadie, todos estaban en el dique: yo acababa de salvarles.»

«El terror, los extraordinarios esfuerzos que hice y el frío glacial que se apoderó de mí acabaron mi triste existencia, y así he llegado hasta las puertas del cielo. He oído decir que algunas veces se abren para las pobres criaturas como yo. Carezco de abrigo, mi hogar ya no existe. ¿Me recibirán?»

Apenas acababa de pronunciar estas palabras se abrieron de par en par las puertas del paraíso, y un ángel introdujo a la gloria a la pobre anciana, quien dejó caer una brizna de paja, proce-

dente del lecho que había abandonado al pegar fuego en él. La paja se trocó en oro puro, creció rápidamente y echó ramas, hojas y flores, pasando a ser un árbol de oro el más espléndido.

—«Ya lo ves, dijo el ángel al hablador; esto es lo que ha traído la anciana. Y tú ¿qué traes? Nada, bien lo sé: en toda tu vida has producido nada, ni un mal ladrillo. ¡Si a lo menos pudieses volver a tierra para hacer uno! Saldría mal formado, lo sé; pero esto sería cuando menos una prueba de buena voluntad, y la buena voluntad es algo. Desgraciadamente es ya imposible, y no puedo hacer nada por tí.»

Entonces la bondadosa vieja de la cabaña del dique rogó por él al ángel.

—«He de advertir, exclamó, que fué su hermano el que me proporcionó los ladrillos y los restos con que pude fabricar mi choza. ¡Oh qué gran favor me hizo, pobre de mí! ¿No podrían darse todos estos trazos por el ladrillo que debería haber confeccionado? Conozco que este sería un acto de favor y de clemencia, ¿pero no es este el lugar donde se dispensan todas las gracias?»

—«Ya lo ves, dijo el ángel, el más humilde de tus hermanos, aquel a quien tú querías menos que a los demás, y cuyo honroso oficio te inspiraba tanto desdén, había de ser el que te franqueara las puertas de la gloria. Merced a él no te rechazaremos, podrás permanecer aquí, junto a la puerta, meditando sobre el empleo que has

dado a tu vida terrestre y buscando la manera de reparar tus faltas. De todos modos no entrarás en el cielo hasta que encuentres algo que hacer valer, algo que compense tu desnudez.»

—«Lo que acaba de decir, podía haberlo expresado con alguna mayor elocuencia,» pensó el hablador; pero guardó para sus adentros esta observación, y esto por parte de un crítico, ya era algo.

INDICE.

	Págs.
ANDERSEN (Noticia bio-bibliográfica)	3
El Caracol y el Rosal	5
Es Ciertísimo	9
Lo que el Viento Cuenta de Valdemar Daa y sus hijas	13
Nicolasín y Nicolasón	28
O. T.	46
Algo	62